



El árbol del saber

809.02
C578m
C-2



28.178

LA MIRADA INTERIOR

ESCRITORAS MÍSTICAS Y VISIONARIAS
EN LA EDAD MEDIA

Victoria Cirlot - Blanca Garí

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

Ediciones Martínez Roca

Diseño de cubierta: Columna Comunicació

Imagen cubierta: *Hildegarda de Bingen escribiendo en estado de iluminación*

Folio 1 del facsímil del *Códice de Rupetsberg*

(Wiesbaden, Hessische Landesbibliothek, Cod. 1)



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© 1999, Victoria Cirlot, Blanca Garí
© 1999, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Enric Granados, 84, 08008 Barcelona
ISBN 84-270-2506-8

Depósito legal B. 39.444-1999

Fotocomposición: Pacmer, S. A.

Impresión: A&M Gràfic, S. L.

Encuadernación: Serveis Gràfics 106, S. L.

Impreso en España – Printed in Spain

Le livre le plus difficile à écrire, mais aussi le plus séduisant, serait -me semble-t-il- celui qui décrirait les processus par lequel une femme devient sainte, ou l'est. Qui appréhendera un jour le sens ultime de la sainteté et l'évolution par laquelle tant de femmes se sont débarrassées de leur condition? Hildegarde de Bingen, Rose de Lima, Mechthilde de Magdebourg, Lydwine de Schiedam, Angèle de Foligno, Catherine Emmerich et tant d'autres, qui nous les ramènera vers la terre? Ou, pour mieux dire: nos ramèneront-elles au ciel?

E. M. CIORAN,
Le livre des Leurres

Hadewijch de Amberes o la tormenta de amor

*Soe salic di gheuen verstenesse mijns willen Ende conste gherechter
minnen ende enechleke mijns te gheuoelne Bi vren in stormen van minnen.*

Te daré la comprensión de mi voluntad y el arte del verdadero Amor y
de sentirte unida a mí, a veces, en las tormentas de Amor.

HADewIJCH,
Visiones, 1, lín. 386-389

Corrían los años treinta o cuarenta del siglo XIII cuando en el norte de Europa una mujer decidió rememorar y poner por escrito sus experiencias visionarias. Lo hizo en su lengua materna, el neerlandés-medio que se hablaba en la zona de Brabante, en la actual Bélgica. No era ésta la primera vez que escribía ni fue probablemente la última. Los manuscritos que se han conservado de su obra contienen también, copiadas junto al relato de las visiones, dos series de poemas y treinta y una cartas. Al comienzo de alguno de estos manuscritos figura su nombre, demasiado común en Flandes para servirnos de pista, unido a su ciudad de origen: Hadewijch de Amberes. El resto de cuanto de ella pueda decirse hay que arrancárselo a cada una de las líneas, a cada una de las palabras que componen esas cartas, esas visiones, esos poemas. Y es extrañamente en las visiones donde el azar ha querido

que hallemos los únicos referentes históricos identificables en el espacio y en el tiempo, los únicos datos que nos permiten asegurar que Hadewijch escribió entre 1235 y 1244.

Al final de las visiones, una larga lista de nombres cierra el relato. Se conoce como la «lista de los perfectos» y está estrechamente asociada a la visión 13. En ésta, la penúltima de las visiones, Hadewijch ha asegurado conocer la existencia de 107 perfectos, mujeres y hombres, 29 muertos, 73 vivos y 5 por nacer. Tras la última visión, la 14, vuelve sobre ellos y redacta un inventario en el que figuran sea sus nombres, sea su estilo de vida, y en algunos casos su relación con ella misma. Entre las muchas y preciosas informaciones que aporta esta lista, dos se alzan como barreras en el tiempo para decirnos cuándo pudo esa mujer hablar de ellas. La primera es la mención entre los perfectos de *una beguina a la que el maestro Roberto hizo morir a causa de su amor justo* (Visiones, lista, lín. 193 y 194). Con el nombre de *maestro Roberto* hace, sin duda, referencia al tenebroso Robert Le Bougre, antiguo cátaro arrepentido que se hizo dominico y fue inquisidor de Flandes en la diócesis de Cambrai de 1235 a 1238. La segunda es la mención, entre los perfectos aún vivos, de siete ermitaños que habitan al pie de las murallas de Jerusalén, ciudad que caerá en 1244 en manos de los musulmanes. Así pues, esos personajes sin nombre, la beguina muerta y los ermitaños vivos, anclan la vida de Hadewijch en un marco cronológico relativamente preciso. Por otro lado, a finales de los años treinta, a más tardar principios de los cuarenta, cuando pone por escrito sus visiones rememorándolas y exponiéndolas ordenadamente, no debía de ser una mujer muy joven, puesto que escribe mirando hacia el pasado. Así pues, debió de nacer seguramente en una fecha indeterminada a caballo entre los siglos XII y XIII.

¿Por qué sabemos tan poco de ella? ¿Cómo es posible que tanta sombra rodee la vida de la mujer que inaugura la literatura neerlandesa en Brabante y, en gran parte, la literatura religiosa europea en lengua vulgar? La respuesta hay que buscarla en sus textos. Rastrear en ellos la imagen que ella misma perfila. Encarnar esa

imagen en el contexto histórico, social y religioso en el que vivió Hadewijch. Pues en sus experiencias religiosas, en las actividades a las que se dedicó e invitó a otras a dedicarse, en el diálogo con sus amigas y discípulas, en las alusiones a sus enemigos y a los peligros que le rodearon, en las formas y los contenidos de su lenguaje culto y cortés, en el tono didáctico y mistagógico de su escritura y en todos los diversos aspectos de su obra, se dibujan con bastante precisión unos contornos que, proyectados sobre la historia, son capaces de dar vida a su autora.

Y lo primero que sus textos revelan es una asombrosa cultura. Hadewijch no sólo domina con maestría el neerlandés sino que a ciencia cierta sabía latín y con probabilidad también francés. Su educación debió ser extraordinariamente esmerada tanto en lo que concierne a la literatura religiosa como a la literatura cortés. A tenor de esta última, podemos imaginar la infancia de Hadewijch en un contexto nobiliario, en una corte feudal, quizás en la de los señores de Breda en la región de Amberes. Siempre en la lista de perfectos, y al hablar de una reclusa llamada Mina que vivía en la lejana Sajonia, Hadewijch afirma, en un tono no carente de autoridad, haber enviado a visitarla al señor Heinrich de Breda. De nuevo, un dato (impreciso porque existen dos Heinrich entre los señores de Breda del siglo XIII) que sitúa a la autora y que ha llevado a algunos estudiosos a insinuar que bien pudiera pertenecer a su parentela.

También a favor de una relación con la casa de los Breda habla su profundo conocimiento de la lírica trovadoresca. No se trata tan sólo de los temas, Hadewijch domina a la perfección un arte cuyas reglas es necesario aprender para conocerlas, lo que probablemente hizo en su niñez en un entorno familiar que difícilmente pudo ser el de la burguesía ciudadana. Por tanto, es muy probable que creciera en un medio nobiliario en el que pudiese tener acceso a esas enseñanzas poéticas y musicales, y fue posiblemente entre la alta nobleza de Brabante, uno de cuyos representantes era el linaje de los señores de Breda, donde Hadewijch recibió lecciones privadas, a causa probablemente de su excepcional talento, y donde inte-

riorizó hasta tal punto las influencias de la lírica cortés que logró incluso utilizarla para otros fines (K. Ruh, 1993). Su escritura da testimonio constante de ese carácter aristocrático, de la presencia de un espíritu caballeresco, donde la *quête*, la vida errante, las pruebas, la aventura y todo el código cortés exigen seguir fielmente el blasón y estandarte de la *minne*, esto es, de Dama Amor. Frente a ese ideal opone Hadewijch el mundo de la villanía, en el que figuran los concurrentes del amante, los celosos extraños al verdadero amor, *gentes de fuera*, cerrados a la esencia del amor, dispuestos a plantar ortigas allí donde deberían florecer rosas (Cartas, 19). El universo bien perfilado de la literatura de los trovadores comparece así en toda la obra de Hadewijch, traducido en ella, y a partir de ella en la literatura religiosa en lengua materna del siglo XIII, en la expresión de la experiencia mística, de la búsqueda de la unión amorosa entre el alma y Dios.

¿Quién y dónde formó a Hadewijch en esa espiritualización del lenguaje cortés? ¿A través de qué medios, en qué espacios religiosos, aprendió el lenguaje de la mística y la lengua de los clérigos? ¿Cómo accedió a unas fuentes teológicas que le ayudan a construir su pensamiento y a interpretar su experiencia y que incluso traduce a veces literalmente, aun sin citarlas casi nunca, en sus textos? En los escritos de Hadewijch se detecta la presencia de al menos tres autores del siglo XII, de algunas de cuyas obras podemos afirmar casi con seguridad que la escritora las leyó directamente: Bernardo de Claraval, Guillermo de Saint Thierry y Ricardo de Saint Victor (K. Ruh, 1977, P. Mommaers). El único de ellos al que Hadewijch cita en una ocasión de forma explícita es san Bernardo, aunque la presencia de los otros dos es más frecuente. En la carta 15 puede leerse: *es un signo del amor encontrar dulce el nombre del amado. San Bernardo dice al respecto: Jesús es miel en mi boca* (Cartas, 15). Y de nuevo, san Bernardo aparece en la lista de perfectos que cierra las visiones, situado entre los amantes que alcanzaron la madurez en el amor: *San Bernardo es el decimotercero, sobre él yo sólo sé pocas cosas* (Visiones, lista, lín. 167 y 168). Cualquiera que sea el significado de

esta segunda parte de la frase, no hay duda, sin embargo, de la presencia directa o difusa del pensamiento de Bernardo en la obra de la escritora de Brabante. El segundo autor es Guillermo, el amigo de Bernardo, a quien la pronta fama de este último había de hacer permanecer a su sombra en los siglos inmediatamente posteriores, hasta tal punto que algunos de sus propios escritos y tratados se difundieron bajo el nombre de Bernardo. En el núcleo de su pensamiento se sitúa la idea del amor como conocimiento que habían de heredar tanto Hadewijch como Ruusbroec. Un pasaje de la carta 18 revela indiscutiblemente esa influencia directa con una cita literal del *Libro de la naturaleza y la dignidad del amor* de Guillermo, tanto más relevante cuanto que lo expuesto en esa carta es fundamental para entender la experiencia mística en Hadewijch. Se trata de una continuación de la carta anterior en la que Hadewijch glosaba a una de sus discípulas unos versos que se hallaban en cabeza. Allí le hablaba de la libertad del contemplativo, aquí intenta glosar la naturaleza profunda del alma; para hacerlo toma la tesis de Guillermo de los dos ojos de la visión del alma: razón y amor, la razón ve a Dios según lo que Dios no es y el amor en cambio no halla reposo más que en lo que Dios es. Pero los dos caminos se encuentran en la meta donde amor ilumina a razón, que iluminada es capaz de enseñar a amor. Finalmente, el último de los tres autores es Ricardo de Saint Victor. Hadewijch integra en su propia redacción los textos de Ricardo de tal manera que no se perciben rupturas en su pensamiento. Su traducción es en ocasiones literal; las más de las veces, sin embargo, está marcada por su interpretación y sello personal. De Ricardo toma Hadewijch especialmente la idea de la imposibilidad de la satisfacción de amor como forma más alta de amor (P. Mommaers).

¿Dónde leyó a esos tres hombres? ¿Cuándo pudo tener ante sus ojos sus manuscritos? No lo sabemos, ni sabemos a partir de qué momento esta dama cortés se convirtió en la *mulier religiosa* que había de escribir poemas, cartas y visiones. Sólo sabemos que unas décadas antes de que el Concilio de Lyon recogiera los informes de

los clérigos que advertían del peligro de las nuevas formas de espiritualidad femenina en pleno auge en tierras flamencas, la escritora de Amberes, Hadewijch, tomó la decisión de hacerse beguina. Que lo fue es un hecho de nuevo tan sólo deducible, pero al mismo tiempo difícilmente discutible a tenor, entre otras cosas, de las sombras y los interrogantes que planean sobre ella y su obra; tan escasa resonancia en los vestigios históricos de una visionaria de su talla es inimaginable en el marco de un monasterio. Pero que fue beguina se deduce además de la forma de vida que se deja entrever en algunos de sus poemas y, sobre todo, en sus cartas, y también del hecho de que como a beguina se referirá a ella años más tarde, sin dar su nombre pero citando sus escritos, el místico flamenco Jean van Ruusbroec. Y no sólo fue una beguina sino también una maestra. Así es llamada en sus visiones, así la llama el discípulo de Ruusbroec, Juan de Lovaina, y como tal aparece también en el tono cargado de autoridad de sus escritos, elaborados para enseñar a través de su experiencia. En una época en que el movimiento religioso de las mujeres al margen del monasterio no era todavía un fenómeno estable, la dirección espiritual de Hadewijch sobre un grupo de mujeres se corresponde perfectamente con lo que sabemos de las primeras comunidades no institucionalizadas de *mulieres religiosae*, típicas de las tierras del norte de Europa a partir de 1200. Sobre todo, de sus cartas se desprende de forma concreta la doble vertiente activa y contemplativa a la que se inclinaba la vida de estas mujeres y que es teorizada en cambio en poemas y visiones.

Junto al tema central de sus escritos, que es la práctica y la enseñanza de la vida contemplativa y la unión mística, Hadewijch alude en numerosas ocasiones a la vida activa a la que se entregan ella y sus discípulas, orientada como era costumbre entre las beguinas al servicio del prójimo en las ciudades (con frecuencia al cuidado de enfermos). Un retrato bastante preciso de esa maestra de beguinas nos lo aporta ella misma cuando, en una de sus cartas, dirigiéndose a una discípula habla así:

Yo por mi parte he compartido muy poco del modo de vivir de los hombres en el comer, el beber y el dormir. No he querido ataviarme con sus vestidos, sus colores y sus adornos. Tampoco he buscado para satisfacción mía cosa alguna de las que alegran el corazón humano, ni de ellas recibí contento; solamente en cortos momentos, ha sido mi felicidad la experiencia del amor que todo lo supera. Es que mi razón iluminada me ha hecho ver, desde que Dios se manifestó en ella, todo lo que faltaba a mi perfección y también a la de los demás, y en cuanto se despertó su mirada, ella me indicó y guió al lugar donde yo gozaría de mi amado y alcanzaría la unidad, después de una superación digna de él. Este lugar del amor que mi razón iluminada me señalaba estaba tan lejos y tan por encima del humano sentir, que —de eso tuve la certeza— ya no debía alegrarme o sentir pena por cosa alguna grande o pequeña. Mi única satisfacción sería pensar que, siendo yo humana, experimentaba el amor en un corazón amante y que, siendo Dios tan grande, yo con abstenerme de toda satisfacción podía con mi humanidad alcanzar la divinidad [...] He convivido, sin embargo, con los hombres en toda clase de servicios y obras. En todas sus necesidades me encontraron a su lado y comprobaron mi disponibilidad (Cartas, 29).

En busca de la unión mística y activa en el mundo, Hadewijch parece actuar con una gran independencia y libertad de criterios y movimientos que explicaría quizás el amplísimo círculo de relaciones femeninas y masculinas que parece mantener por toda Europa. Sus cartas van dirigidas casi exclusivamente al círculo de allegadas y discípulas, pero algunas alusiones en ellas y, sobre todo, la «lista de perfectos» dibujan un panorama sorprendente: en esta última, entre los 29 primeros, de los que Hadewijch dice que murieron «adultos», esto es, habiendo alcanzado madurez en el amor, figuran: María, Juan Bautista, Juan Evangelista, María Magdalena, san Pedro, Santiago, san Gregorio, san Hilario, san Isidoro, san Agustín, la virgen Geremina, san Martín, Constancio, san Pablo, la virgen Sara, santa Brígida de Escocia, santa Amalberga, san Bernardo, uno de sus hermanos llamado Enrique, un monje gris llamado Dietrich,

y cierto Eloi. Pero al llegar a los últimos, Hadewijch empieza a señalar sus relaciones con algunos de ellos: *Una reclusa llamada María, la vigesimosegunda, antes fue monja; Dame Leyse y Madame de Nazareth la conocían bien. Otra reclusa que vivía lejos de aquí, en Sajonia, a la que envié al señor Henri de Breda, la vigesimotercera. Honorio, que vivía sobre una roca en el mar, el vigesimocuarto, a él le envié un monje que venía a menudo a verme. Una virgen de Colonia, llamada Lane, la vigesimoquinta, ella venía a menudo a visitarme en espíritu [...] Una mujer de la región de Colonia, llamada Oda, la vigesimosexta, también ella me visitaba. Una beguina llamada Helsewent, que vivía en Vilvoorden, la vigesimoséptima, murió cantando. Hildegarda, que tuvo todas aquellas visiones, la vigesimooctava. Una beguina a la que el maestro Robert hizo morir a causa de su justo amor la vigesimonovena* (Visiones, lista, lín. 173-194). A su vez, a partir del número treinta, la lista, ahora de los vivos, recrea todo un mundo de ermitaños, reclusas, emparedadas o mura-das, beguinas, vírgenes, monjas y hasta *un pobre hombre escondido*, dispersos en Oriente y Occidente, Jerusalén, Turingia, Brabante, Inglaterra, Flandes, Zelanda, Holanda, Frisia, Dinamarca, Loon, el Rin; *también tengo –dice– una amiga en Bohemia, que es reclusa y en París habita un olvidado maestro, solo en una pequeña celda: sabe más de mí misma de lo que yo sé* (Visiones, lista, lín. 218-222). De creer al pie de la letra la «lista», Hadewijch cultivó relaciones de amistad mucho más allá de las fronteras de su región de origen. Qué relaciones exactamente, cómo surgieron, cómo las mantuvo, no lo sabemos.

En todo caso, la beguina de Amberes vivió todavía en una época en la que las *mulieres religiosae* iniciaban su andadura fuera de toda norma institucionalizadora que cercenara su capacidad de movimiento. Por poco tiempo, pues ya en vida de la propia Hadewijch en Flandes y en el norte de Francia se va imponiendo a las comunidades paulatinamente una estructura organizativa. Aparecen las *congregaciones de beguinas disciplinadas* que se someten a una cierta regla de vida, obedecen a una *magistra* y se organizan al modo de las corporaciones y los gremios artesanos. Poco después se levantan los primeros recintos de beguinas, llamados *curtis* o begui-

natos y cuyas habitantes recibirán el nombre de «beguinas claustrales». Al final de esta evolución, en los años cincuenta en Flandes y en Brabante algunos de estos beguinatos se separan de sus parroquias originales y se convierten en nuevas parroquias exclusivamente de beguinas. No obstante, junto a esos modelos institucionalizados pervivieron durante mucho tiempo, en las mismas ciudades y regiones, las primitivas formas independientes de la vida beguinal. Así sucedió en Amberes, donde, como descubrió L. J. P. Philippen junto a la *Curtis Syon*, nombre con el que se conocía el beguinato de la ciudad desde 1247, siguieron existiendo múltiples beguinas seculares que habitaban individualmente o en pequeños grupos en la villa. ¿Pertenebió Hadewijch a estas últimas? ¿Fue la responsable, la maestra, de un pequeño grupo de ellas en la ciudad de Amberes? No lo sabemos, pero sí sabemos que difícilmente pudo pertenecer a las primeras a tenor de su opinión acerca de quienes vivían bajo la dependencia de una regla; así se expresaba en una de sus cartas: *En el empeño por guardar una regla uno se enreda en mil preocupaciones del las que hubiese sido mejor mantenerse libre, ahí se equivoca la razón. Un espíritu de buena voluntad vive en el interior de sí mismo de forma más bella de la que todas las reglas juntas pudieran llegar a ordenar* (Cartas, 4).

Tal vez esta libertad interior reivindicada por Hadewijch para ella y para su grupo está en la base de los múltiples conflictos internos y externos a cuya existencia aluden sus escritos. En uno de sus poemas más famosos, la beguina se lamenta con estas palabras:

*¡Ah! Dulce Señor, ¿qué me ha sucedido
para que esas gentes quieran mi ruina?
Que os dejen a vos la tarea
de castigarme por mis faltas.
Vos me haréis justicia buena
y ellos no recibirán perjuicio alguno
–Salud, salud mil veces–
no es el amor lo que atestiguáis sino el odio*

—decirlo no es suficiente—
 vosotros que no dejáis obrar al Señor.
 Mientras se asoman indiscretos a mi alma
 ¿quién de entre ellos puede amar a Amor?
 Mas les valdría seguir el camino libre
 donde uno aprende a conocerlos.
 Pretenden ayudaros a vos en conducirme
 lo cual, ciertamente, no es necesario.
 Sabéis castigar o absolver
 y ponernos a prueba en la verdad clara
 —Salud, salud mil veces—
 amigos, tomad el partido de Dios
 —decirlo no es suficiente—
 en el perdón o en la justicia.

(Poemas estróficos, 1, lín. 51-72)

Asimismo, las cartas dan cuenta de esos enfrentamientos y conflictos con quienes pretenden dividir al pequeño círculo de sus discípulos y a la maestra: *Dios sabe* —escribe en una de esas cartas— *que la máxima perfección está en soportar lo que viene de los falsos hermanos, de esos mismos que parecían compartir nuestra esperanza. Ah, no te extrañes si ahora estoy tan abrumada: esas personas elegidas por nosotras para que conocieran la alegría propia de nuestra manera de amar, son las que empiezan a perturbar y quebrantar nuestra sociedad para dividirnos y, en lo que a mí se refiere, para aislar me* (Cartas, 5). En una ocasión, Hadewijch se dirige en concreto a una de esas mujeres, al parecer, apartada del «grupo» por razones que ignoramos, invitándola a la prudencia y a la verdad al mismo tiempo: *Por el momento, sé prudente donde estás: es muy necesario para ti. Ante todo te mando que evites con gran cautela las muchas singularidades que hay en ese lugar. Te gusten o no, no te dejes llevar. Sé humilde en todas las oportunidades y en todo tiempo, pero no para ser tonta y sacrificar la verdad y la justicia cuando es el momento de manifestarlas. Porque tenlo claro, el que pretende obtener la humildad con mentiras no puede ser inocente, y en eso los de*

allá tendrían mucho que revisar. Vela por ti misma y organiza tu tiempo. Sé fiel y sigue madurando con nosotros. Ellos desearían atraerte y separarte de nosotros; lo que más les molesta es nuestra excepcional fidelidad (Cartas, 23). Finalmente, esos conflictos parecen ponerla a ella en peligro y llevarla incluso —según insinúa en otra de sus cartas— a la persecución y tal vez a la cárcel: *Ah, querida niña —escribe allí—, me duele ver tu tristeza, tu decaimiento y tu pena. Te ruego insistentemente, te advierto, te aconsejo y te mando como una madre a su querida hija, amada con miras al supremo honor y la grata nobleza del amor, aleja de ti toda tristeza extraña y sufre lo menos posible por mí; no te preguntes lo que me sucederá, si tendré que errar por el país o terminaré en la cárcel. Cualquier cosa que ocurra será por obra del amor [...] Tú bien puedes reconocer que esas son las obras del amor, aun cuando yo soy motivo de asombro y de susto para la gente extranjera [...] El que vive del amor justo habrá de soportar el oprobio de toda la gente extranjera* (Cartas, 29).

Así pues, la dama cortés se había lanzado por los aventurados y peligrosos caminos de la vida de una beguina independiente, y los celosos, los extranjeros que *no pueden actuar en el terreno de amor y no tienen experiencia de cómo viene ni de cómo se va* (Cartas, 29), han levantado contra ella un muro de sospechas; quizás por ello, en la carta 19, finaliza su discurso acerca del alma anonadada invitando al silencio: *¿Cómo se unen estas dos mitades del alma? Esta pregunta nos llevaría muy lejos y no oso decir más. Por otra parte, es demasiado lo que me falta para satisfacer al amor, pero también temo que gente extranjera venga a sembrar ortigas allí donde deberían florecer rosas* (Cartas, 19).

Pero la obra de Hadewijch no sólo nos deja imaginar los contornos de su forma de vida, sino que, sobre todo, nos permite profundizar en los contenidos de aquello que ella definió como su experiencia y que expuso, con fines abiertamente didácticos, en los escritos destinados a «su círculo». Por sendas distintas, los poemas, las cartas y las visiones enseñan, guían, dirigen y muestran el camino hacia la unión mística.

El primero de los tres géneros que cultivó la beguina, la lírica, se plasma en dos grandes series de poemas que se conocen con los nombres de *Poemas estróficos* y *Poemas de rima mixta*. La primera de ambas series está compuesta por 45 poemas y la segunda, por 16, de atribución segura a la autora. Junto a ellos, otros 13 los acompañan en los manuscritos pero, con seguridad algunos y con probabilidad otros, no pertenecen a la pluma de Hadewijch (S. Murk Jansen).

Se ha afirmado con justicia que estos dos conjuntos de poemas forman un corpus único en la poesía cortés espiritual de la Edad Media occidental, y es partiendo de estos poemas y especialmente de los estróficos como Kurt Ruh elabora su tesis de la temprana formación de Hadewijch en el arte poético-musical de los troveros del norte de Francia. En sus composiciones estróficas escritas para ser cantadas, Hadewijch se introduce de forma clara en el «molde» de esa refinada tradición literaria y utiliza los viejos registros para expresar una experiencia espiritual profundamente personal. ¿Por qué acude a ellos y no a las formas de la literatura religiosa y a los modelos derivados del Cantar de los Cantares como harán en cambio otras místicas de su época? La respuesta parece clara: la lírica cortés, cuyos secretos ella aprendió en la infancia, ofrecía a la beguina la posibilidad de hablar de sí, de exteriorizar un yo, una existencia personal y una experiencia que la atemorizaba. Y así, el arte hermético de los troveros le habría permitido ofrecer a sus discípulas sus enseñanzas, ocultas para los extraños pero claras para el círculo de sus allegadas (K. Ruh, 1993).

Los *Poemas estróficos*, que muchos autores consideran obra de juventud, serían pues expresión de una experiencia personal y al mismo tiempo fundadores de un sentimiento de comunidad. F. Willaert, en su análisis de la poética de Hadewijch, dedica un capítulo entero a los usos que la beguina hace del *ic*, es decir, del pronombre personal «yo», y sostiene que el yo de los poemas no es ficticio, como sucede en cambio en buena parte de la lírica cortés, sino que se trata del yo de alguien que vive lo que escribe y sufre los en-

vites de Amor de los que habla; pero al mismo tiempo ese «yo» se encuentra en los *Poemas* estrechamente unido al *wi* (nosotras) con el que Hadewijch formula y confirma lo que le une a su audiencia y lo que les hace miembros de una misma comunidad. «En la forma de un “yo”, Hadewijch se presenta como la amante ejemplar, en la medida en que los interlocutores pueden reconocer a través de su itinerario el estadio que ellos mismos han alcanzado» (F. Willaert, p. 333).

Lo que es válido para los *Poemas estróficos* lo es también para los *Poemas de rima mixta*, pero si en los primeros el sistema de referencias y el marco de construcción es estrictamente el del lenguaje de la lírica cortés, en los segundos, conocidos también como *cartas rimadas*, nos encontraríamos a caballo entre el lenguaje de la lírica y el que Hadewijch empleará en las visiones y cartas. En los *poemas estróficos*, junto a los *topoi* cortesces, aparecen puntualmente los conceptos que serán básicos en la expresión de la experiencia mística de la beguina: «disolución del alma», «abismo sin fondo», «furor de amor», «tormenta de amor»; en los *Poemas de rima mixta*, en cambio, estos términos se multiplican y los instrumentos que ofrecía el lenguaje trovadoresco se sustituyen por los más comunes a la mística femenina del siglo XIII. Entre estos poemas de rima mixta, uno de los más conocidos es aquel en el que Hadewijch describe el conocimiento y los modos de Amor a través de siete nombres que revelan *toda esencia y modo del bello amor*. Estos siete nombres son, como para su contemporánea Beatriz de Nazaret, siete experiencias de *Amor*, siete experiencias de Dios. Amor es llamado así: lazo, luz, carbón, fuego, rocío, fuente viva e infierno; siendo esta última la más alta y paradójica expresión de la experiencia de Amor como negación.

*El séptimo nombre es Infierno
de este amor del que experimento el tormento,
pues no hay nada que amor no engulla y dañe.
Y nadie que en él cae
y que él atrapa puede librarse,
pues no acuerda gracia alguna.*

Y como el Infierno todo lo arruina,
 no se alcanza en el amor otra cosa
 que tortura sin piedad,
 ni un instante de reposo, siempre
 un nuevo asalto, persecución nueva,
 ser devorado por completo, engullido
 en su esencia abismal,
 encontrarse incesantemente en el ardor y el frío,
 en la profunda y alta tiniebla del Amor.
 Esto supera los tormentos del Infierno.
 El que ha conocido a Amor y sus idas y venidas,
 ha experimentado y puede entender
 por qué es verdaderamente apropiado
 que Infierno sea el más alto de los nombres de Amor.

(Poemas de rima mixta, 16, lín. 149-168)

Junto a los poemas, el segundo género literario que cultivó la beguina fueron las *Cartas*. Nos han llegado un conjunto de treinta y una piezas (aunque de alguna de ellas se ponga en duda la autoría, dadas las fuertes diferencias que presenta respecto a las otras en los conceptos, vocabulario y estructura formal). No se trata, en cualquier caso, de un corpus homogéneo: algunas de ellas son cartas completas de carácter claramente personal, otras sólo son fragmentos y otras tienen la estructura de pequeños tratados doctrinales. Así, por ejemplo, la carta 20, sobre *Las doce horas de Amor*, no se dirige a nadie en concreto y está construida en forma de un breve tratado sobre el amor que recuerda claramente el de su coetánea Beatriz de Nazaret.

Casi todo lo que sabemos de Hadewijch como persona y del grupo de *mulieres religiosae* a las que dirigía y enseñaba procede de estas cartas; por ellas conocemos los nombres de algunas de sus discípulas: Gema, Sara, Margarita. El tema central de las cartas es siempre el de la mística, pero en ellas las experiencias de Amor de

los poemas y el conocimiento de Dios alcanzado en las visiones se expresan en los términos de un camino práctico por el que deben conducirse en la vida activa y contemplativa sus discípulas. Por ello, el ir y venir de amor, su dulzura y su tormenta expresados en los poemas y en la experiencia de su *Libro de las visiones* son recogidos aquí y explicados en forma de tratados: *Todo esto me fue ordenado* —escribe en una de las cartas— *hace cuatro años en la fiesta de la Ascensión por Dios Padre en persona en el momento en que su Hijo descendía sobre el altar. Al descender él me besó y con este signo quedé marcada. Y pasé a ser una con él en presencia de su Padre, que me recibió en su Hijo y lo recibió a él en mí. Recibida en la unidad fui iluminada de tal forma que comprendí esta esencia y de ella tuve conocimiento más claro del que se puede tener con palabras o con razones o visiones, tratándose de cosas de esta tierra, e inmediatamente le aclara a su interlocutora: esto podría pasar por maravilla. Pero aun cuando confieso que parecen maravillas, estoy segura de que no te asombrarás, sabiendo que el lenguaje celestial supera la comprensión de los terrenales. Para todo lo terrenal se encuentran palabras y se puede decir en neerlandés, pero aquí no me sirve el neerlandés ni tampoco las palabras. A pesar de que conozco la lengua lo más a fondo que se puede, no me sirve para lo que acabo de mencionar y no conozco medio de expresarlo (Cartas, 17).*

La experiencia, sin embargo, se plasma en las cartas de una manera particular. El género epistolar otorga a la autora los instrumentos de una escritura que plasma e instaura una relación personal, donde una vez más el «yo» y el «tú» se organizan como dos polos que definen un territorio del que toda tercera persona queda relegada a la categoría de extraño, extranjero; una relación personal que de nuevo se proyecta sobre un segundo binomio compuesto por los términos «nosotras» y «ellos». Por otro lado, el lenguaje epistolar hace aflorar más que ningún otro una autoridad efectiva de la maestra hacia sus discípulas; se trata, sin embargo, de una autoridad que no reposa en un privilegio jerárquico, como muestra, por ejemplo, este requerimiento reiterado que figura en la primera de sus cartas: *Por eso te ruego, como una amiga a su querida amiga; te lo su-*

plico como una hermana a su querida hermana; te lo advierto como una madre a su querida hija, te lo mando en nombre de tu Amado, como lo manda el Amado a su querida esposa: abre los ojos de tu corazón (Cartas, 1). Finalmente, el género epistolar tiene también un efecto autentificador de la experiencia subjetiva, pues en virtud de la extrema personalización que permite el propio género, la expresión directa de la experiencia adquiere aquí un peso especial, de forma que Hadewijch al presentar un testimonio personal de su vida como amante mística en forma epistolar, convierte su relato para los lectores en el signo por excelencia de su veracidad (P. Mommaers).

El tercer y último conjunto de la obra de Hadewijch lo constituye el *Libro de las visiones*. Como ha escrito Van Mierlo, el relato de las catorce visiones y la lista de los perfectos que las cierra representan la cota más alta de la obra mística de la beguina de Brabante. Se trata de un trabajo de madurez en el que Hadewijch narra de una forma sistemática una experiencia espiritual que se inició en su juventud, tal vez en su infancia. En la visión sexta asegura que, cuando tuvo lugar, contaba diecinueve años de edad; en la primera, se ha referido a sí misma como *demasiado joven y demasiado niña*, y en una de sus cartas, la undécima, dice que fue a la edad de diez años cuando comenzaron sus experiencias. Espiritualmente madura, Hadewijch decide poner por escrito esas experiencias como hilo conductor, como tratado mistagógico, una vez más, dirigido a sus discípulas.

Con el *Libro de las visiones* nos encontramos ante el primer y soberbio conjunto de visiones del Cielo y de Dios escrito en lengua vernácula (K. Ruh, 1993). ¿Qué une y qué separa a este conjunto de aquellos dos redactados en el siglo inmediatamente anterior y que a su vez constituían las primeras obras latinas de visiones del Cielo y de Dios, es decir, la obra de Hildegarda de Bingen y la de Elisabeth de Schönau? Las tres obras tienen en común la comprensión teológica a través de «revelaciones privadas», se asientan en grados diversos en el mundo de representaciones del Apocalipsis de Juan y poseen, también en distinta medida, un elemento didáctico (K. Ruh,

1993). A diferencia de Hildegarda, pero al igual que Elisabeth, las visiones de Hadewijch son extáticas, establecen una relación «familiar» con los habitantes celestes, y un ángel es la mayor parte de las veces el mediador y el guía. Pero quizás la mayor diferencia entre aquellas visionarias y la beguina sea que Hadewijch no es una observadora objetiva de acontecimientos visionarios (G. Hofmann); sus visiones la muestran a ella en el centro de un proceso de perfeccionamiento en el que es iniciada y conducida por Dios mismo, hasta tal punto que en algún momento, como en la visión cuatro, el personaje de Hadewijch se desdobra en dos y es a un tiempo y de forma diferenciada la visión (Hadewijch, esposa del amado en el cielo) y la visionaria (Hadewijch, terrenal en su camino de perfección). En un fragmento de resonancias oníricas, el ángel se identifica con el Esposo, Cristo, y habla con la esposa (Hadewijch, a la que se refiere como «tú») de la visionaria (Hadewijch, a la que se refiere como «ella»): *Entonces el ángel me habló de nuevo: «ahora mírame unido en unidad a tu Amado, y tú eres mi amada, amada conmigo. Estos cielos perfectos que ves son el suyo y el mío. Y lo que viste como dos reinos asolados eran nuestras dos humanidades antes de alcanzar su pleno crecimiento. Yo crecí primero y, sin embargo, permanecemos iguales. Yo llegué ayer a mi reino y tú creciste después de mí y, sin embargo, permanecemos iguales. Y ella crecerá hoy plenamente y llegará mañana contigo a su reino, y con todo permaneceremos iguales* (Visiones, 4, lín. 72-82).

El *Libro de las visiones* es el relato de una experiencia de acercamiento, encuentro y unión entre la visionaria y Dios, o un proceso de encuentro e identificación con el rostro de Dios que juega en todas las visiones un papel especular. Lo que ella contempla en el rostro lo realiza como parte de sí misma hasta que, anulado todo acercamiento existencial, toda diferencia con la presencia divina, ésta se convierte literalmente en sí misma (G. Hofmann).

El relato de esa experiencia, sin embargo, tiene un objetivo y un público. Sólo en la visión 14 y al principio de la lista de los perfectos, Hadewijch se dirige explícitamente a un interlocutor bajo el apelativo de *querida* o *querida niña*. Sin embargo, parece evidente

que el texto en su totalidad está escrito para quienes aparecen en varias de las visiones una vez más entendidos como «nosotras» o «los nuestros»: los *donse* por quienes intercede constantemente la visionaria: ¡Ah, ah, Santo amigo, verdadera omnipotencia!, ¿por qué abandonas a los nuestros en negocios extraños y no los atraviesas inundándolos en nuestra unidad (Visiones, 5, lín. 15-18). Y porque conozco esto, deseo de ti que lleves a los nuestros a la perfecta armonía en nuestra unidad (Visiones, 5, lín. 56-58). La visionaria tiene una función en la tierra y es enviada una y otra vez de nuevo a trabajar entre los hombres. Esa labor puede parecer en ocasiones indeterminada como cuando en la visión primera se oye la voz de Ángel que la exhorta: ¡Oh! Tú ocupada en la incierta aventura de los que naufragan en tu vida futura. ¡Oh! Tú que te lamentas de los errores de los hombres creados para el amor a Dios y extraviados en cambio en pos de otras cosas (Visiones, 1, lín. 84-88). Pero en otras ocasiones su función entre los hombres se hace mucho más explícita como por ejemplo en la visión octava, en la que la voz le ordena: dirige a los que se hallan sin dirección hacia la nobleza a la que mi amor los destina (Visiones, 8, lín. 104-106).

Pero si en algún momento esa «maestra», como la llama el ángel de la visión primera, aparece en el texto como ejemplo vivo de lo que ella misma ha de enseñar a otras en la tierra es al final de esta primera visión. En ella, la visionaria recorre la llanura sembrada de los árboles de las virtudes, reconoce entre ellos el árbol invertido del conocimiento, y llega finalmente al árbol del amor. Allí, tras contemplar el rostro de Dios, escucha esta promesa: Yo, siguió diciendo, me daré a ti secretamente, mi más amada, cuando desees poseerme, pues no deseas que te consuelen ni te conozcan extraños. Te daré la comprensión de mi voluntad y el arte del verdadero Amor y de sentirte unida a mí, a veces, en las tormentas de Amor, en los momentos en los que no podrías sostenerte sin sentirme, y en los que tu carga se hace demasiado pesada. Con esa comprensión, transmitirás sabiamente mi voluntad a cuantos necesitan conocerla a través de ti. Jamás hasta hoy fallaste a nadie, ni lo harás hasta el día en que yo te diga: «tu trabajo se ha cumplido». Con Amor has de vivir, perseverar y cumplir mi secreta vo-

luntad por la que me perteneces y yo te pertenezco. Y sentirte en mí ha de bastarte, y tú me bastarás a mí. Así obra mi voluntad con la comprensión, mi más amada amante. Así te entrega a mí con Amor, a ti que gustas de mí en la intimidad. Así gozarás de mí. Éste es el árbol descrito por las palabras que te he revelado: es llamado conocimiento de Amor. Y pues te han predicado tantas cosas que te oprimen hacia lo inferior, quiero mostrarte yo mismo lo que quiero de ti. Debes regresar tranquilamente y haz lo que te he encomendado. Si así lo quieres, toma hojas de este árbol: es el conocimiento de mi voluntad. Y si te sientes afligida toma una rosa de la copa y de la rosa un pétalo, es Amor. Y si sientes que no puedes sostenerte toma de la rosa el centro, que significa el don que te concedo de sentir mi proximidad. Tendrás siempre el conocimiento de mi voluntad y la experiencia de Amor, y en la necesidad me sentirás en fruición. Así obró mi Padre conmigo, aunque era su hijo. Me dejó en la aflicción pero no me abandonó. Lo sentía en la fruición y servía a aquellos a los que me había enviado. El corazón que se halla en el centro de la rosa es la fruición de Amor en los sentidos. Ayuda, amada mía, a cuantos están afligidos, obren bien o mal contigo, Amor te confiere las fuerzas para ello. Da todo, pues todo es tuyo (Visiones, 1, lín. 383-427).

Así pues, el tercer corpus de la obra literaria de Hadewijch, el *Libro de las visiones*, recoge de nuevo los temas que ya comparecían en *Poemas* y *Cartas* y los orienta una vez más en forma de una mistagogía, es decir, de la enseñanza de un camino hacia la unión mística dirigida a sus discípulas. Qué duda cabe, sin embargo, de que aquí la experiencia visionaria, que la sitúa a ella en el centro ejemplar de ese camino y le atribuye una autoridad irrefutable, actúa como una confirmación y legitimación de toda su doctrina. Las 14 visiones que se suceden en un «crescendo ininterrumpido» muestran el movimiento ascendente de la maduración espiritual de Hadewijch como un espejo en el que contemplarse (J. van Mierlo, 1924-1925).

Poemas, cartas, visiones. Toda la obra de Hadewijch es una poderosa construcción mistagógica basada en la experiencia de Amor que concentra en sí misma una inmensa diversidad semántica,

teológica y espiritual (A. M. Haas). Hadewijch enseña, como enseña en general la espiritualidad del siglo XIII, que la mística es la experiencia de la unión amorosa, para la que toma como modelo el Cantar de los Cantares: *Yo soy para mi amado y mi amado es para mí* (Cartas, 14), escribe traduciendo directamente aquí las Escrituras. Y esa unión del amado y de la amada lleva a la *deificatio* del alma, es decir, que en última instancia le lleva a ser *Dios con Dios* o también *una sin diferencia*.

En la séptima visión, la beguina define así la búsqueda inicial de la unión: *Por ello sólo quiero decir esto: Deseaba la plena fruición de mi Amado, conocerlo y gustarlo plenamente, con todo lo que le pertenece; deseaba gozar en su totalidad de su humanidad unida con la mía y que la mía, afianzada en la suya, fuera más fuerte y ganase firmeza y poseyera firmeza, pureza y unidad suficiente para satisfacerle plenamente en toda virtud. Para ello deseaba que él me satisficiera interiormente con su Deidad, en unidad de espíritu, y que fuera en mí total e íntegramente lo que Él es, sin restar nada. Pues de entre todos los dones que he anhelado, escojo éste: satisfacerle en todos los grandes sufrimientos. Pues la más perfecta satisfacción es crecer para ser Dios con Dios, pero esto requiere sufrir penas, dolor y exilio y vivir siempre en renovados pesares, pero dejando que todo llegue y pase sin sufrir y experimentar así nada más que el dulce amor, las caricias y los besos. Así deseaba yo que Dios se me entregase y poder darle satisfacción* (Visiones, 7, lín. 21-41).

Gozar con su humanidad, satisfacerse en la deidad. En el corazón de su enseñanza, sin embargo, la beguina sitúa un binomio indisociable que ordena, a modo de paradoja central, todo su discurso: *ghebruken/ghebreken*, la experiencia del goce y la privación, un binomio que halla su principal reflejo en la idea misma del Dios-hombre. La contemplación del rostro de Dios a lo largo de las visiones culmina así al final de la catorce: *Cuando ahora vi su rostro sentí que había alcanzado la elección que era mi destino: saborear a Dios y al Hombre como inextricablemente uno*.

Esa experiencia tiene como punto de partida una pasión violenta a la que Hadewijch da el nombre de *orewoet* (furor de amor, pro-

blemente el *aestus amoris* o *insania amoris* de Guillermo de Saint Thierry) y como punto de llegada, una serena desnudez en el *ont-oliben*; esto es, en el resto, el más, la carencia. El poema estrófico 28 está dedicado por completo a ese furor o locura de amor; algunas de sus estrofas lo definen así:

*El furor de amor
es rico feudo;
el que lo reconoce
no pedirá nada más a Amor:
puede unir opuestos,
invertir el sentido.
Estoy diciendo la verdad.
El furor de amor hace amargo lo dulce
extraño al pariente
y del menor hace el mayor.*

*El furor de amor hace lo fuerte débil
y sana al enfermo;
hace del cojear al firme
y cura al que está herido,
instruye al ignorante
acerca del ancho camino
en el que muchos se pierden.
Enseña todo
cuanto puede aprenderse
en la alta escuela de Amor.*

*En la alta escuela de Amor
se aprende el furor de amor.*

(Poemas estróficos, 28, lín. 31-53)

Pero la experiencia en sí se mueve simultánea e indistintamente entre el goce y la privación, que son dos y al mismo tiempo una sola cosa. Así lo deja entender el poema estrófico número cinco:

*Tan pronto ardiente, tan pronto frío,
ahora tímido y audaz hace un instante,
numerosos son los caprichos de amor [...]
tan pronto gentil, tan pronto terrible,
cercano ahora y lejano hace un instante [...]
tan pronto ligero, tan pronto pesado,
sombrió ahora, claro hace un instante.*

(Poemas estróficos, 5, lín. 22-24, 29-30, 36-37)

Un papel particularmente importante en la mistagogía de Hadewijch le corresponde a la experiencia visionaria como experiencia mediadora. Es en las visiones donde describe de forma más clara el proceso por el cual la visionaria arrebatada por el deseo es llevada al plano de las imágenes para finalmente alcanzar más allá de ellas la unión mística. Así, al comienzo de cada una de las visiones aparece la tormenta de amor que arrastra al alma al mundo de la imagen creadora, al *mundus imaginalis*: *Un día de Pentecostés —escribe en la visión siete— tuve una visión en la aurora. Se cantaban maitines en la iglesia y yo estaba presente. Mi corazón, mis venas y mis miembros temblaban y se estremecían en deseo y, como me ocurría a menudo, tal locura y terror me acosaban que me parecía no poder satisfacer a mi Amado y que mi Amado no podía colmar mi deseo, de tal forma que esta agonía había de enloquecerme y enloqueciendo había de morir. El deseo de Amor me atormentaba tan terrible y penosamente que cada uno de mis miembros parecía quebrarse y todas mis venas se hallaban en violento esfuerzo. El anhelo en el que entonces me hallaba no puede ser expresado en ninguna lengua y por ninguna persona que yo conozca, y cuanto puedo decir de él será inaudible para todos aquellos que nunca han experimentado a Amor en las obras del deseo y a los que Amor nunca ha reconocido como suyos (Visiones, 7, lín. 1-20).*

Sucede entonces la visión en sí misma. Las imágenes adquieren toda su potencia mediadora y simbólica en la que todas las cosas se ven en su verdadero ser (A. M. Haas). Espléndida emerge, por ejemplo, la imagen de la «rueda del abismo»: *Y dijo entonces: «Date la vuelta y encontrarás a aquel que has estado buscando y por cuya voluntad te has apartado de todo lo terrestre y lo celeste». Me di la vuelta y vi ante mí una cruz, como de cristal pero más luminosa y clara que el cristal. A través de ella se veía una gran extensión. Delante de la cruz vi que había un asiento, como un disco, que parecía más brillante que el sol cuando más brilla. Y bajo el disco había tres columnas. La primera columna era como de fuego ardiente. La segunda parecía de una piedra que llaman topacio y que tiene la naturaleza del oro, la claridad del aire y los colores de todas las piedras preciosas. La tercera parecía de una piedra que llaman amatista cuya superficie resplandece en un color púrpura, como rosa y violeta. En el medio, bajo el disco, giraba una rueda de modo tan terrible y ofrecía un espectáculo tan espantoso que hasta el cielo y la tierra se llenarían de horror y admiración por ello. El asiento, que parecía un disco, era la eternidad. Las tres columnas, los tres nombres por los que los desterrados, que se hallan lejos de Él, entienden el Amor. La columna como de fuego es el nombre del Espíritu Santo. La columna parecida al topacio, el nombre del Padre. La columna parecida a la amatista es el nombre del Hijo. La rueda del abismo, tan espantosamente tenebrosa, es la fruición divina en sus secretas tempestades. (Visiones, 1, lín. 214-246).* La rueda del abismo reaparece en la visión once comprendiéndolo todo: *Allí vi una rueda abismal, lejanísima y tenebrosa. Y en esa rueda, tan lejana, estaban todas las cosas firme y estrechamente encerradas. La tiniebla iluminaba y penetraba todas las cosas. La insondable profundidad de la rueda era tan alta que nadie podía alcanzarla [...] Lo que vi era todo el poder de nuestro Amado (Visiones, 11, lín. 2-15).* En esta misma visión se unen al abismo las imágenes simbólicas y entremezcladas del águila y del fénix que se identifican con la visionaria (P. Dinzelbacher).

Y es que en el centro de las visiones se halla Hadewijch. La visionaria es, las más de las veces, la principal protagonista de sus visiones, peregrina a la búsqueda de la unión mística. Así, por

ejemplo, se lee en la visión primera: fui conducida a una especie de vergel en una llanura llamada la Extensión de las Virtudes perfectas. En ella había árboles hacia los que fui llevada, y sus nombres y el significado de sus nombres me fueron revelados (Visiones, 1, lín. 19-23). O también en la cuarta: Desde dentro fui pues arrastrada al interior del espíritu. Entonces me fue mostrada una visión: dos reinos, de igual riqueza, de igual origen, de igual linaje y de igual poder (Visiones, 4, lín. 7-12).

Pero el mundo de la imaginación como camino en la búsqueda de la unión aparece en toda su intensidad de nuevo en la visión séptima: *Encontrándome en estado tan terrible, vi una gran águila que volaba del altar hacia mí y me dijo: «¡Si quieres alcanzar la unión, prepárate!».* Caí de rodillas y mi corazón batió terriblemente para adorar al que es Uno conforme a su verdadera dignidad; pero esto me era imposible, yo lo sé y Dios lo sabe, a causa de mi sufrimiento y mi pesar. El águila se dio la vuelta y habló así: «Justo y poderoso Señor, muestra ahora el gran poder de tu Unidad para unir [al alma] en el goce de ti mismo». Entonces el águila volvió a mí de nuevo y me dijo: «El que ha venido, regresa; y donde jamás ha venido, jamás regresa». Entonces vino desde el altar mostrándose como niño. Y este niño tenía la forma que Él tuvo en sus primeros tres años de edad. Se dirigió hacia mí, tomando en su mano derecha su cuerpo del cimborio y en su mano izquierda llevaba el cáliz que parecía lo había tomado del altar, pero yo no sé de dónde venía. Vino entonces con ellos en forma y vestidos de hombre, tal como era cuando nos dio su cuerpo la primera vez. Y en forma de hombre y ser humano, maravilloso, bello, con el rostro resplandeciente vino hacia mí tan humildemente como aquel que pertenece a otro por completo. Entonces me dio a sí mismo en forma de sacramento, tal como se acostumbra; y me dio a beber del cáliz, en la forma y sabor acostumbrados. Después de esto vino a mí, me tomó por completo en sus brazos y me estrechó contra Él; y todos mis miembros sintieron los suyos en una felicidad plena; de acuerdo con el deseo de mi corazón, de acuerdo con mi humanidad. De este modo fui saciada de forma plena y perfecta exteriormente. Durante un tiempo tuve fuerzas para soportarlo; pero en seguida, tras muy poco, perdí al hermoso hombre en su forma externa, lo vi desaparecer, desvanecerse y disolverse por completo

en la unidad, de forma que no podía reconocerle o percibirlo fuera de mí y ya no puede distinguirlo de mí misma. Me parecía como si fuéramos Uno sin diferencia. Es decir: exteriormente la vista, el gusto, el tacto eran como cuando uno gusta, ve y siente al recibir el Sacramento desde el exterior. De forma que la amada se une con el amado en plenitud perfecta de la vista y el oído, y se pierde el uno en el otro (Visiones, 7, lín. 42-93).

La unión amorosa en la experiencia visionaria es exterior e interior, pero alcanzado ese límite Hadewijch da un paso más, al otro lado de las imágenes, penetrando en el éxtasis. Y así, al final de cada una de las visiones el alma se abisma en una nada insondable: fuera de mi espíritu, de mí misma y de cuanto había visto en Él, y perdida por completo, caí en el pecho de la fruición de su naturaleza de Amor. Allí permanecí perdida y abismada sin comprensión ni conocimiento ni visión ni otro entendimiento espiritual que el ser una con Él y gozar de esa fruición (Visiones, 6, lín. 82-88). Entonces caí en un abismo sin fondo y salí de mi espíritu en esa hora de la que nada puede decirse (Visiones, 13, lín. 255-258); después, permanecí perdida en mi Amado, y me fundí en él de manera que nada quedó de mí (Visiones, 7, lín. 94-97). La pasión arrebatadora se resuelve así en la serena desnudez del alma.

Las enseñanzas de la beguina de Amberes se dirigían probablemente a un grupo de discípulas. Su extraordinaria obra, sin embargo, impactó más en general en los círculos espirituales de su tiempo. Aunque de ella misma no sepamos casi nada y casi todo debamos suponerlo, sus textos, en cambio, fueron probablemente leídos por muchos. Nada podemos decir con seguridad acerca de su posible influencia en la obra de una autora coetánea, Beatriz, monja cisterciense y priora del monasterio de Nazaret, junto a Lier: Jozef van Mierlo afirma esa influencia, Stephanus Axters cree que fue a la inversa. De hecho, Beatriz de Nazaret, que vivió entre 1200 y 1268, comenzó a escribir, al parecer, muy pronto, pero su única obra conservada data del último período de su vida. En cualquier caso no hay duda de las intensas y chocantes concordancias temáticas y

terminológicas de las dos místicas neerlandesas: *Orewoet*, el furor o locura de amor; *sonder waeromme*, la gratuidad de ese amor que es «sin porqué»; *gherinen*, el toque divino; *verswolghen*, el abismamiento del alma en Dios; *ghebruken*, el goce de la unión amorosa, son algunas de las expresiones utilizadas por ambas para hablar de la experiencia mística. De los escritos en neerlandés de Beatriz sólo conservamos un pequeño tratado acerca del Amor, pero en el que resuenan significativamente los ecos de Hadewijch. Especialmente cercana al tratado parece la carta 20, que la beguina dedica a las doce horas de Amor. La hora undécima, uno de los pasajes más audaces de esta carta, reza así: *La undécima hora innombrada es aquella en la que el Amor posee con violencia al amante de forma que nuestro espíritu no puede separarse de Amor un solo instante, nuestro corazón no puede desear, nuestra alma no puede amar nada fuera de él. Amor hace la mente del hombre tan simple que no puede preocuparse ni de los santos ni de los hombres, ni del cielo ni de la tierra, ni de los ángeles, ni de sí mismo, ni de Dios, sino sólo de Amor que la posee, siempre presente, siempre nuevo* (Cartas, 20). También para Beatriz, cuando en el sexto modo Amor reina incontestable en el alma: *amor la ha hecho tan audaz que no teme ni hombre ni demonio, ni ángel ni santo, ni a Dios mismo* (Beatriz, *Siete Modos de Amor*, lín. 363-366).

La influencia directa de la obra de Hadewijch puede entreverse asimismo en otros círculos espirituales y en otros autores. La existencia de varios manuscritos del siglo XIV conservados hasta nuestros días habla de la amplia difusión de su obra, que además se tradujo pronto. Sus cartas aparecen en altoalemán en el siglo XIV, en una versión en la que su nombre figuraba bajo la forma de Adelwip y de la que, aunque no conservamos una copia completa, nos han llegado dos fragmentos en sendos manuscritos del siglo XIV y XV. Otra traducción altoalemana, distinta de ésta y realizada en la segunda mitad del siglo XIV, recoge dos cartas incompletas y dos poemas. La memoria de sus obras permanece en los siglos posteriores. Los Bollandistas, que llegaron a poseer una de las copias, completa pero anónima, del original neerlandés, se preguntan en

el siglo XVII por la autora. Su redescubrimiento contemporáneo se enmarca en el interés filológico del siglo XIX, y la primera edición de sus obras completas aparece al final del mismo. La primera edición crítica la lleva a cabo Jozef van Mierlo a lo largo de la primera mitad del siglo XX.

Pero, sin ninguna duda, la principal influencia directa de su obra, y posiblemente el más importante difusor de su pensamiento, fue Jan van Ruusbroec. Ruusbroec, figura fundamental de la mística del siglo XIV, llegó a Bruselas a principios de siglo para formarse junto a su tío, John Hinckaert, canónigo de Santa Gúdula, donde él mismo, tras sus estudios, servirá como capellán durante un tiempo. Años más tarde se traslada a Groenendaal, donde, bajo su dirección, se desarrolla un importante círculo de espiritualidad y mística. Ruusbroec debió leer a Hadewijch muy pronto, en sus años de Bruselas, pues la clara huella de la beguina, a la que nunca nombra, está presente ya en sus primeros escritos. Temas y expresiones fundamentales de la mística de Hadewijch aparecen en ellos: el devoramiento mutuo de Cristo y el alma en la Eucaristía, el ser Dios con Dios, la conquista de Amor, el árbol invertido del conocimiento de Dios, el no amor (o sin amor) del alma anonadada en el Amor, y tantos otros. Especialmente tres de sus obras: *El libro de las XII beguinas*, *Las bodas espirituales* y *Los siete escalones en el camino del Amor espiritual* avalan la influencia de Hadewijch en el místico flamenco, hasta tal punto que, al estudiar comparadamente ambos autores, en *Las bodas espirituales* de Ruusbroec «las líneas esenciales de su doctrina así como una parte fundamental de sus fuentes literarias se remontan a Hadewijch» (J.-B. Poiron, p. 21). Y efectivamente en esta obra, como también en *Los siete escalones*, las citas devienen prácticamente textuales. Una vez más, las horas décima y undécima de la carta 20 de Hadewijch resuenan en ellas.

Finalmente, debió de ser bajo el magisterio de Ruusbroec en Groenendaal cuando el «Buen cocinero», Juan de Lovaina, conoció a Hadewijch. Él, al contrario que su maestro, sí se refiere explícita-

mente a la beguina y a su obra. En el tratado de *Los siete signos del Zodíaco* habla directamente de ella y de su doctrina. El peso de su magisterio en el círculo de Groenendaal se trasluce en estas líneas: *El Amor es pues de tal naturaleza que es más amplio y vasto, más alto y profundo y más extenso que cuanto abrazan o pueden abrazar la tierra y el cielo. Pues el amor de Dios sobrepasa toda cosa. Así se expresó una santa y gloriosa mujer, llamada Hadewijch, auténtica maestra. Pues sus libros son buena y recta doctrina, viniendo de Dios y revelados por él. Han sido probados por la virtud de Dios, examinados en Nuestro Señor Jesucristo y en el Espíritu Santo y han sido encontrados buenos y saludables, en corcondancia y consentimiento con las Sagradas Escrituras. Tengo por tan segura la doctrina de Hadewijch como la de mi señor San Pablo. Pero no es de igual provecho para todos, pues muchos son los que no pueden comprender esta enseñanza ya que tienen obnubilado el ojo interior, no habiendo sido abierto en ellos por el amor silencioso y desnudo, fructífero y adherido a Dios (Juan de Lovaina, Los siete signos del Zodíaco, cit. en Poiron, 1972, p. 8).*

Ediciones y traducciones

1. Visiones

Visiones: Hadewijch. Das Buch der Visionen, edición, traducción y estudio de Gerald Hofmann, *Mystik in Geschichte und Gegenwart*, Fromman Holzboog, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1998, 2 vols.

Hadewijch, Visioenen, edición de Jozef van Mierlo, 2 vols., Lovaina, Vlaamsch Boekenhalle, 1924-1925.

2. Poemas estróficos y poemas de rima mixta

Poemas estróficos: Hadewijch: Strofischen Gedichten, edición de Jozef van Mierlo, 2 vols., Antwerp, Standaard, 1942.

Poemas de rima mixta: Hadewijch: Mengeldichten, edición de Jozef van Mierlo, Antwerp, Standaard, 1952.

Hadewijch d'Anvers. Écrits mystiques des Béguines, traducción y estudio de J.-B. Poiron, Éditions du Seuil, París, 1954.

3. Correspondencia

Cartas: Hadewijch. Brieven. Edición y traducción de M. Ortmanns-Cornet, introducción de Herwig Arts, Tabor, Brujas, 1986.

Hadewijch: Brieven, edición de Jozef van Mierlo, Antwerp, Standaard, 2 vols., 1947.

Dios, Amor y Amante. Hadewij de Amberes. Las Cartas, traducidas por Pablo María Bernardo, Ediciones Paulinas, Madrid, 1986.

Hadewijch. Lettres spirituelles, Béatrice de Nazareth. Sept Degrés d'amour, J.-B. Poiron, Claude Martingay, Ginebra, 1972.

Hadewijch. The Complete Works, traducción y estudio de Columba Hart, «The Classics of Western Spirituality», Paulist Press, Nueva York, Ramsey, Toronto, 1980.

Estudios

Axters, Stephanus, *Geschiedenis van de vroomheid in de Nederlanden*, t. I, De Sikkels, Amberes, 1950.

Breuer, Wilhelm, «Philologische Zugänge zur Mystik Hadewijch. Zur

- Form und Funktion religiöser Sprache bei Hadewijch», en M. Schmidt y D. R. Bauer eds. *Grundfragen christlicher Mystik* Mystik in Geschichte und Gegenwart, Stuttgart-Bad Cannstatt, 1987, pp. 103-121.
- Dinzelbacher, Peter, «Die mittelalterlichen Adlersymbolik und Hadewijch», en P. Dinzelbacher, 1993, cf. *Bibl. gral.*, pp. 188-204.
- Haas, Alois Maria, «Hadewijch», en *Geistliches Mittelalter*, Universitätsverlag, Friburgo Suiza 1984, pp. 399-406.
- Mommaers, Paul, *Hadewijch, Schrijfster, Begijn, Mystica*, Altiora, Averbode, 1990 (Cerf, París, 1994).
- Mommaers Paul, Willaert Frank, «Mystisches Erlebnis und sprachliche Vermittlung in den Briefen Hadewijchs», en P. Dinzelbacher y D. R. Bauer *Religiöse Frauenbewegung und mystische Frömmigkeit im Mittelalter*, Colonia-Viena, 1988, pp. 117-151.
- Murk Jansen, Saskia, *The Mesure of Mystik Thought. A Study of Hadewijch's Mengeldichten*, Kümmerle Verlag, Göppingen, 1991.
- Philipenn, L. J. M., *De Begijnhoven. Oorsprung, Gesciedenis, Inrichting*, Amberes, 1918.
- Poiron, J.-B., «Hadewijch, mystique flammande et poétesse, 13eme siècle», en *Dictionnaire de Spiritualité*, 7, París, 1932, pp. 13-23.
- Reinaert Joris, «*De beeldspraak van Hadewijch*» *Studiën en tekstuutgaven van Ons Geestelijk Erf* 21, 1981.
- Ruh, Kurt, «Beginenmystik. Hadewijch, Mechthild von Magdeburg, Marguerite Porete», en *Zeitschrift für deutsches Altertum und deutsche Literatur*, 106, 1977 (Festgabe, M. Mohr), pp. 265-277.
- , cf. *Bibl. gral.*, 1993, pp. 158-225.
- Willaert, Frank, «Hadewijch und ihr Kreis in den Visionen», en K. Ruh ed. *Abendländische Mystik im Mittelalter*, Symposium Engelberg 1984, Stuttgart, 1986, pp. 368-387.

3

Beatriz de Nazaret, un amor sin porqué

S'Elcstont heeft si oec ene ander maniere van minnen; dat es, datsi ondersteet onsen here te dienne te vergeues, allene met minnen, sonder enich waeromme.

A veces [el alma] tiene otro modo de amor, en el que emprende la tarea de servir a Nuestro Señor de manera totalmente gratuita, sólo con amor, sin un porqué.

BEATRIZ DE NAZARET,
Seven manieren van minne, modo II, lín. 2-5

A principios de los años setenta del siglo XIII, un capellán, confesor del monasterio cisterciense de Nazaret, emprendió la tarea de escribir en latín la vida de una de las prioras. Se llamaba Beatriz y había fallecido muy pocos años antes. Para llevarla a cabo, el anónimo confesor había recibido de manos de las monjas del monasterio los escritos en neerlandés de esta mujer a la que él nunca conoció personalmente. Entre estos escritos figuraba en primer lugar un diario espiritual que abarcaba los veinte años de su vida anteriores a su llegada a Nazaret, pero también algunas notas tardías de cuando ya era priora del monasterio y finalmente un breve tratado místico titulado *Los siete modos de Amor*. De estas obras, de cuya existencia nos informa él mismo en el prólogo, sólo el tratado ha llegado hasta nosotros; parece, en cambio, que el diario y las notas se perdieron pronto, o que tal vez se hicieron, miste-